

Cuando se inauguró el cementerio que hoy calificamos de Vell, en el Poblenou, que vino a sustituir a los parroquiales, sus alrededores estaban muy despoblados, sobre todo de noche, bajaban muchos lobos, que escarbaban las fosas y devoraban los restos de los difuntos. Tanto es así que en 1826 el municipio se vio obligado a tomar medidas para ahuyentar a los lobos del cementerio. El caso llega a conocimiento del vecindario, que horrorizado promueve un movimiento de protesta y de resistencia a concurrir al cementerio por miedo a que los familiares difuntos no fueran devorados por los lobos.

La gente opone mucha resistencia a no enterrar a los difuntos en los cementerios parroquiales. Decían también que los sepultureros, allí, en aquel destierro, nadie los veía y desenterraban a los difuntos y se vendían los restos para hacer morcillas y jabón, igualmente pretendían que les robaban las joyas y las ropas buenas. Se contaba de una chica muy rica que la enterraron toda enjoyada y a los tres o cuatro días las joyas que llevaba las compró una parienta de la fallecida a un platero de la Platería para una chica que había de ser nuera. / .. /

Cuando se abolieron los fosos parroquiales y se funda el Cementiri Vell se estableció en Barcelona la costumbre de enterrar en nicho, ya que hasta entonces se había sepultado en el suelo. Corrió la voz por la ciudad que a los colgados y condenados no les era permitido ser enterrados en un nicho, que entonces pasa a ser entierro distinguido, y se dijo que era obligado de ponerlos en el suelo. Entre el vecindario se despierta aversión a dejar los difuntos en suelo, pues decían que hacía de condenado, y todas las familias hicieron grandes esfuerzos para comprar una sepultura, que entonces costaba cuatro duros, para asegurarse de que ni él ni ninguno de los sus debían sepultarlo como los penados. Entre la gente humilde poseer un nicho se consideraba como una propiedad importante y daba cierta categoría.

[Joan Amades](#)

